

— No irás, sin embargo, á abandonar á Pedro á si mismo. Sería muy aventurado.

— Voy á telegrafiarle hoy mismo que venga á París. Es preciso que tengamos una explicación decisiva. Quiero jugar la partida, puedes estar tranquila. Y haré todo lo que sea necesario para no perderla.

Francine movió la cabeza melancólicamente.

— Ten cuidado, dijo. Tienes que habértelas con uno que no tendrá inconveniente en señalar las cartas.

VI

La noche estaba hermosa y clara, una de esas noches del Mediodía más templadas que los días, durante las cuales el viento, calmado á la puesta del sol, no lleva al llano la frescura de los nevados Alpes. Ni una hoja se movía en las frondosidades de los plátanos y de los sicomoros que rodeaban la terraza de Maillane. La luna bañaba con su luz argentina las praderas que descenden suavemente hasta el Arbosque. Todas las ventanas del salón estaban abiertas y resplandecían en la noche. Eran las nueve, la comida había terminado y los comensales de Dartigues estaban tomando el café. La viuda del presidente, vestida con una bata de seda color crema y guarnecida de marta, acercaba los pies á un gran fuego que ardía en la chimenea. Desde que salió de América la mujer de Dartigues no había logrado entrar en calor.

— ¿Dónde están esos muchachos? preguntó.

— Se están paseando en el parque, contestó Dartigues.

— Van á coger frío.

— No hay miedo. Hace un tiempo de verano.

— ¿Pero qué satisfacción pueden encontrar paseándose en esa terraza en la humedad de la noche?

— Están hablando y contándose una porción de cosas que tú encontrarías sin interés, pero que son encantadoras para ellos. Acaso se pasean sin hablar y gozan así, pues el uno tiene veinticuatro años y la otra diez y ocho, y á esa edad la luz de la luna tiene una significación particular y los murmullos de la noche un encanto misterioso. Son jóvenes, en una palabra, y gozan deliciosamente de su juventud. Nosotros no conocemos ya esas sensaciones, ¿verdad, Barandet? ¿verdad Remancón? Preferimos fumar un buen cigarro en un blando sillón, pero es porque no podemos hacer otra cosa...

— Hable usted por sí mismo, Dartigues, dijo Remancón vivamente. Yo podría muy bien, si quisiera, pasearme á la luz de la luna. Á Dios gracias, puedo ocuparme en algo más que en los asuntos serios. Hay tiempo para todo.

— Creo que se hace usted ilusiones, amigo.

— ¿Remancón? Nada de eso, dijo Barandet. Protege á una muchacha que canta en los cafés conciertos y que es célebre en París... Amandina de Tresmes... Pregúntele usted lo que le cuesta...

— Muy caro, dijo Remancón.

— ¿Y le engaña á usted?

— Todo lo que puedé.

La viuda del presidente se agitó delante de su chimenea.

— Dígame usted, Remancón, exclamó : ¿qué gusto tiene usted en ser objeto de las burlas de una criatura que?...

— No se burla de mí. Cuanto más ligeramente se porta conmigo, más consideraciones me tiene. Yo aparento no saber nada y estar siempre á punto de descubrirlo todo y, gracias á esa política, soy siempre

bien tratado por esa hermosa muchacha que me divierte lo que no es decible.

— Explíqueme usted eso...

— El fenómeno no tiene relación alguna con el sentimiento. Es casi higiénico. Esa chica me sirve de revulsivo moral. Cuando estoy congestionado por los números en los consejos de accionistas y he aplicado mi entendimiento á resolver cuestiones arduas, me voy á casa de Amandine, á eso de las seis; la encuentro en el cuarto tocador...

— Háganos usted gracia del decorado...

— ¡Oh! No hay en esto nada que ocultar. Sepa usted que el tocador es de ordinario el salón de las muchachas galantes, la pieza más importante de su casa y con frecuencia la mejor amueblada. Encuentro, pues, á Amandine, que está estudiando un papel ó ensayando una canción nueva, y me acoge con su mejor sonrisa, me ofrece la mejor butaca y me cuenta todas las historias de su teatro. Aquello es estúpido sobre toda ponderación, pero me descansa. Mi cerebro se aclara como por encanto al contacto de tamañas necedades y la estupidez de esa mujer obra sobre mí como el tópicó más poderoso. Llego á su casa cansado, aturdido, triste, y una hora después estoy reanimado, alegre y contento de vivir.

— ¿Y no hay más?

— ¡Oh! Casi nunca... Pero es muy bastante.

— Para usted, dijo Dartigues. Pero los demás se encargan del resto. ¡Perfectamente! Remancón, me parece usted un gran filósofo.

— Es práctico, añadió Barandet.

— Todo eso es incomprendible para mí, dijo la viuda de Hernández. En mi país los hombres cuanto más viejos son más celosos. El general me engañaba tanto

como una mujer puede ser engañada, pero estaba muy celoso de mí y ha hecho fusilar á más de diez oficiales magníficos nada más que por la sospecha de que me hacían el amor. En Europa no pedís á las mujeres más que distracción y tenéis una querida como se tiene un coche, porque es más agradable que ir á pie. En América, cada vez que se ama se da la vida.

— ¡Ah! señora, nosotros no podemos dar nuestra vida así como así, contestó Remancón. Tenemos otras cosas que hacer. Eso es bueno para las personas que viven en países tropicales, en los que el calor les fuerza á pasar la existencia tumbados y soñando. Esos pueden incubar sospechas y meditar venganzas, pero nosotros, los franceses, seríamos ridículos rugiendo como tigres y preparando matanzas porque una mujer se ha olvidado por un cuarto de hora de esa bagatela que se llama fidelidad. ¡No! Eso no es posible en esta latitud y nos haría perder mucho tiempo. La vida es corta y los negocios difíciles. No hay que crearse complicaciones ni pedir al amor sino lo que puede dar, ó sea muy poco placer á los que le toman en serio y numerosos goces á los que se burlan de él. ¡Esta es la cuestión!

— Vea usted lo que dice; ahí viene mi hija. Bella no está educada á la francesa y se quedaría muy asombrada al saber que es estúpido tomar el amor en serio.

Pedro y Bella entraron por la puerta del jardín. Eran una pareja encantadora por su misma desemejanza. Ella era pequeña, morena, con ojos como diamantes negros, y él alto, rubio, tranquilo y de mirada clara. Venían riéndose alegremente como buenos camaradas. Detrás de ellos, á pasos cautelosos, se

deslizó Claudio Brun, cuya ausencia nadie había notado. Había seguido á los jóvenes en su paseo por el parque para espiar sus acciones y sus palabras, y su palidez estaba más acentuada que de ordinario. Claudio se aproximó á la chimenea como si tuviera frío.

— ¿Y qué, hijos míos, el paseo ha sido agradable? dijo Dartigues. ¿Habéis charlado mucho?

— Sí, contestó Pedro; pero se levantaba fresco y he aconsejado á Bella que dejásemos el jardín. Ahora, pido á ustedes permiso para retirarme...

— ¿Quieres que enganchen?

— No. Tengo media hora de camino para llegar á mi posada... No quiero molestar á nadie.

La cara de Dartigues se ensombreció. El banquero dió unos pasos y después dijo:

— Bueno. Como quieras.

Y se fué á su despacho mientras Pedro se despedía. Á pesar de sus cariñosas insinuaciones, no se había roto el hielo entre su hijo y él. La actitud de Pedro era reservada. No rehuía los testimonios de afecto con que le colmaba Dartigues, pero respondía á ellos con circunspección y estaba como á la defensiva. Después de haber creído conquistarle desde el primer momento, Dartigues echaba de ver que todas sus astucias eran ineficaces y que aquel joven, sin rechazarle, le negaba su confianza, lo que le humillaba y le entristecía. Acostumbrado á vencer, se reconocía impotente en este caso, cuando era para él tan importante no fracasar en su tentativa. Además sentía un afecto muy vivo hacia aquel guapo muchacho que halagaba su amor propio y hubiera querido que le amase.

Esperando que Pedro fuese á despedirse de él, Dartigues estaba pensando todas estas cosas. Ni una vez

se acusaba de la situación que le hacía sufrir. Con su admirable facultad de no ver más que el porvenir y sus promesas, había olvidado el pasado y sus miserias. Su conciencia era tan muda, que había que dudar si la tenía. Acaso la conciencia no es más que una manifestación de inquietud de las personas débiles, y él era fuerte y lo había probado bien. Unos pasos ligeros y el ruido de una puerta le hicieron volverse. Pedro estaba á su lado. Dartigues le miró un instante en silencio y dijo moviendo la cabeza :

— ¿De modo que te vas, como un invitado, y te vuelves á tu posada, cuando hay veinte habitaciones libres en casa de tu padre? ¿Vendrás á hacerme una visita de cumplido por la comida de esta noche?

— Se burla usted de mí, dijo Pedro con calma. Tiene usted, acaso, razón. No soy bastante flexible para darle gusto. Pero no puedo evitarlo, á pesar de toda la buena voluntad del mundo. Es un defecto de educación...

— ¿Por qué tienes desconfianza? ¿Qué temes?

— Nada.

— ¿Te ha acogido mal alguien de mi casa sin que yo lo sepa?

— Nadie. Al contrario.

— Entonces ¿por qué no vienes á instalarte aquí, como sería tan natural y tan sencillo? Mi casa es tuya. Acostúmbrate á pensarlo así y obra en consecuencia.

— Le aseguro á usted que quiero sinceramente hacerlo así, puesto que usted lo desea, pero lo creo imposible.

— ¿Por qué?...

— Porque tendría que reformar todas mis costumbres y retrocedo ante ese trabajo.

— No te comprendo.

— Voy á explicarme. En la manera que usted tiene de comprender la existencia nada concuerda con lo que tengo costumbre de ver hacer ni con lo que he hecho yo mismo hasta aquí. He vivido entre personas sencillas y lo soy como ellos. Todo este lujo que á usted le rodea me parece compuesto de superfluidades de las que no podría gozar sin molestia ni sin pena...

— ¡Sin pena!

— ¡Oh! Compréndame usted. No pretendo darle lecciones, pero desde que vivo en este círculo, observo, estudio y me doy cuenta de las cosas... Usted lleva aquí un tren de gran señor, padre mío, y eso es, acaso, lo que me inquieta y me turba... Si usted fuese un pobre hombre, me sentaría á su mesa más espontáneamente y con más alegría, y creo que trataría de compensar con más vehementes manifestaciones la medianía de su condición... Me parece, en fin, que hubiera amado con más facilidad y más ternura á un padre menos fastuoso... Acaso me intimida usted con su lujo de príncipe... Perdóneme usted que le hable francamente; pero ese es el fondo de mi pensamiento y es mejor que usted le conozca.

— Sospechaba alguna cosa de esa índole, dijo Dartigues sonriendo. Yo también te estudio y puedes pensar que no tienes el monopolio de los análisis. Conozco un poco á los hombres y sé los principios en que has sido educado. No me los has dejado ignorar, pues los has exhibido con estruendo en tu polémica electoral. Habría mucho que decir sobre esto, pero no es ahora oportuno. Me limito á hacerte observar que en la vida cada uno tiene los principios que mejor cuadran con su situación, con sus deseos y con sus intereses. Es muy raro ver millonarios que pidan el reparto de las fortunas y más aún encontrar ham-

brientos que sean conservadores, lo que es muy natural. No discuto; hago constar los hechos. Has vivido hasta ahora con personas que han dedicado todas sus facultades activas á especulaciones políticas y sociales. Pero, hijo mío, los hombres de esa clase no sirven fuera de las doctrinas y son á la humanidad lo que los maestros del arte militar á los grandes guerreros. Compara á un Carnot con un Bonaparte. Pues bien, los ideólogos son unos niños en materia económica al lado de los hombres que conducen los negocios del mundo. Á éstos no hay que contarles cuentos, pues saben lo que valen. Han establecido la diferencia entre la teoría y la práctica y han tropezado con dificultades de ejecución que no existen en el papel, pero que surgen en la realización material de las cosas. Toda la sociología, hijo mío, sirve de poco á la puerta de una construcción en la que hay que hacer moverse á diez mil obreros, como me ha sucedido en América. Allí no se trata de hablar, sino de obrar y de mandar. La igualdad desaparece en un instante y se afirma la jerarquía, sin lo cual aquello sería un caos. Dada esta situación, es evidente que las ventajas son proporcionales al grado de actividad individual. El que cava la tierra no gana tanto como el que ha trazado el sitio de la excavación, ni éste como el que ha concebido toda la empresa. Á esto, querido Pedro, queda reducido el colectivismo en presencia de las necesidades de ejecución. Así, si me he hecho rico, ha sido con el concurso del interés general. He hecho vivir á miles de trabajadores, he dado impulso á toda una industria, he llevado la civilización á regiones salvajes y he esclarecido un rincón del mundo. He hecho una fortuna de conquistador porque he prestado tantos servicios como si lo hubiera sido. No hay, pues, que

despreciar mi lujo. ¿Qué dirías de mí si, teniendo millones, los guardase en la caja sin gastarlos? Entonces sí que tendría derecho para erizarse tu joven intransigencia. El rico que así obra es un criminal porque retiene una parte de la fortuna pública y la inmoviliza contra todo derecho. El socialismo fecundo, verdadero y regenerador no consiste en impedir á los hombres que se enriquezcan, sino en prohibirles que almacenen los tesoros. Ya ves que eres injusto al decir que te repugna lo que tú llamas mi tren de gran señor. Si no gastase mucho dinero en lo que juzgas superfluidades, haría daño á la sociedad. Necesito, pues, ser pródigo, so pena de merecer todas las censuras. Y tú, querido niño, no debes separarte de mí porque cumplo con mi deber social.

El Dartigues de la juventud había reaparecido insinuante, persuasivo y acariciador, á fin de apoderarse de aquel rebelde que se oponía á su voluntad. Le vió vacilar y no le dejó tiempo para volver en sí. Quiso acabarle, corromperle.

— Por lo demás, dijo, no tienes para qué despreciar esta fortuna que te está destinada y que ya te pertenece en parte...

— ¡Padre mío! exclamó Pedro violentamente turbado.

— ¿Qué? Supongo que ni tú ni los que piensan como tú habréis abolido la herencia. Eres mi hijo único y mi único heredero. Todo lo que he ganado y ganaré todavía constituirá tu patrimonio. Debes pensar en eso, hijo mío. No se conduce uno cuando tiene un millón doscientos mil francos de renta como cuando no tiene nada. El horizonte cambia para el que le mira desde las alturas. Con mucho dinero se pueden realizar grandes cosas. Yo no soy más que una máquina

de ganar dinero, pero á tí, ¿quién te impedirá ser el dispensador esclarecido de las riquezas que yo he acumulado? Yo tengo gustos sencillos y no encuentro placer más que en el trabajo. En el fondo, no he cesado de ser un obrero. Pues bien, no pido más que ocuparme de tus reformas sociales. Tú me las explicarás, y yo trataré de hacerlas prácticas. Entre los dos podremos obtener resultados imprevistos, pues para realizar tus ideas yo aportaré mi experiencia y mi dinero. Puedes comprender que no era para entrar en montón, en el Congreso, para lo que me presentaba á la diputación. Entre nuestros hombres políticos no hay diez que sepan exactamente qué quieren hacer ni á dónde quieren ir. Sería muy fácil, créelo, apoderarse de esos muñecos y tirar á voluntad de sus cordelitos. Esto era lo que me tentaba. ¡Hay tantas cosas que reformar en este pobre país!

— Está usted hablando enteramente como Barres, dijo Pedro riendo.

— Es muy posible. Pero no creo que obraría como él. Conozco la humanidad y no cuento con su cordura. Creo que harán falta siglos para sacarla de su rutina, que todo el bien que se le haga será á pesar suyo y que odiará á muerte á los que se lo hayan hecho.

Dartigues cogió un cigarrillo, le encendió y dijo cambiando de tono.

— Me parece que hemos hablado bien seriamente. No tenía yo la intención de abordar tan graves cuestiones. Volvamos á lo que á ti se refiere. Desde hoy, quiero que no te prives de nada. Estás viviendo pobremente en una posada como un viajante de comercio y esto no es conveniente.

Abrió un cajón, cogió un libro de papel y dijo ofreciéndosele á Pedro :

— Aquí tienes un libro de cheques á tu nombre. Hay cien mil francos depositados para ti en el Crédito Lionés. Gástalos cómo convenga á tus ideas ó á tus placeres. Comprenderás, hijo mío, que no he estado trabajando toda mi vida para que tú tengas que privarte de todos tus caprichos...

— Padre mío, esa dádiva me molesta, dijo Pedro ruborizándose.

— ¡Ah! Si no aceptas, creeré que no me quieres. ¿Qué es esto al lado de lo que yo quisiera darte?

Le estrechó en sus brazos y le deslizó dulcemente el libro de cheques en el bolsillo.

— Tengo que desquitarme contigo de muchos atrasos, pero soy más rico de cariño que de dinero. No conoces todavía á tu padre, hijo mío. Ya verás, ya verás... Sueño para ti con el destino más brillante y más feliz. Quiero que me debas tu dicha... Y para empezar, ya lo ves, te dejo libre, aunque me cueste gran trabajo. Vete, puesto que así lo deseas, pero no olvides que el día en que quieras quedarte, será muy feliz para mí.

Le abrazó tiernamente y le acompañó hasta el vestíbulo, donde los indolentes criados aplicaban ya el principio socialista viviendo á expensas de su amo sin hacer nada.

Pedro marchaba en la obscuridad con paso vivo y aún aturdido por los razonamientos de su padre. Aunque hubiera podido responderle con argumentos serios, no dejaba de estar influido por la magnífica potencia de la riqueza. ¡Cómo había hecho relucir Dartigues sobre su cabeza las cascadas de su raudal de oro! ¡Y qué cambio en las condiciones de su existencia! Por la mañana era un modesto joven reducido á su pensión de quinientos francos al mes, y ahora

sentía en el pecho los cheques, en los que bastaba escribir unas palabras para tener cien mil francos. Y después de éstos, otros. Su padre le había dicho que era un deber el gastar, al contrario que Appel, que no cesaba de repetirle que era un deber el ser económico. Es verdad que el sabio no economizaba sino para dar.

Pero también daba Dartigues y pretendía, como Appel, no tener necesidades personales. Esos dos hombres tan diferentes de ideas, de tendencias y de temperamento, llegaban á la misma conclusión; la fortuna ganada por el individuo y puesta al servicio de la masa. ¿No es esto el colectivismo? pensó Pedro. Lo es en una forma especial, diferente de la que Barres preconiza. ¿Quién tiene razón de esos tres hombres igualmente poderosos, útiles é interesantes? Pedro tuvo un pensamiento de orgullo y dijo casi en alta voz: Pero mi padre es el más simpático. ¡Ah! ¡Cómo sabía manejar Dartigues las inteligencias y los corazones! Había dejado caer en el cerebro de su hijo el germen que debía brotar rápidamente y borrar todo el antiguo cultivo.

Otra figura se evocó en seguida en el pensamiento de Pedro; la de Bella, con sus ojos de luz y su sonrisa de languidez. ¡Qué deliciosamente bonita estaba en la indecisa claridad de la noche, debajo de la espesa arboleda en la que empezaban á gorjear los ruiseñores! ¡Qué encanto el de aquel espíritu primitivo y salvaje y qué dulzura la de enseñarle sonriendo todo lo que ignoraba del viejo mundo! Una violenta palpitación se apoderó de Pedro, y, muy preocupado, se preguntó si en la reaparición de su padre no concurría todo á cambiar sus resoluciones y sus esperanzas.

Aquella joven tan rica, heredera de un presidente que había saqueado y oprimido á su pueblo en una

dictadura de hierro y de sangre ¿era la que debía amar el joven demócrata educado por Appel é instruído por Barres? ¡Qué ironía del destino! Porque no cabía duda, Pedro era accesible á las seducciones que se ejercían sobre él y ya sus ideas no tenían la misma intransigencia. Nada más natural, en suma, que lo que le sucedía. ¿Podía considerar como una catástrofe que Dartigues no se hubiera muerto en sus excursiones por el mundo? Y al volver Dartigues ¿no era natural que cambiase en algo la existencia de su hijo? Ese algo consistía en una fortuna de muchos millones, y, como había dicho muy bien su padre, no se había abolido todavía la herencia. Y el heredero de Dartigues se aproximaba á Bella tanto como se alejaba el hijo de Appel. Pedro, dotado por su padre, era un partido muy aceptable para la encantadora americana. Y el porvenir se ofrecía ante él fácil, brillante y dichoso.

Dando vueltas á estos pensamientos en la cabeza, atravesó el Arbosque, entró en Maillane y llegó á la puerta de su hotel. El gerente tomó un papel azul del encasillado que había al lado de la puerta y le dijo:

— Señor Appel, un telegrama para usted.

Aquel nombre de Appel en el momento en que reconocía todo el interés que tenía en llamarse Dartigues, resonó dolorosamente en su corazón. Cogió el telegrama sin decir palabra y subió á su cuarto donde la criada, á la que besaba con tal desenfado la semana anterior, le dió una hujía sin obtener de él ni una mirada. Abrió el papel azul y con vista turbada leyó: « Estamos inquietos. Necesitamos verte. Ven sin perder instante. Te abrazamos fuertemente. Appel. »

Pedro se sentó en una butaca y se quedó pensativo con el telegrama en la mano. Veía la casa tan pacífica de la calle del Luxemburgo y la pareja tan serenamente

armoniosa de su madre y Appel. ¡Qué diferencia entre aquel recinto tranquilo, reposado, propicio á la meditación y al estudio, y el interior ruidoso en el que la actividad febril y turbulenta parecía proscribir la reflexión y la cordura! Por un lado dos bellas y arrulladoras palomas en una verde arboleda, y por el otro unos guacamayos de colores brillantes y gritos ensordecedores, en una pajarera de oro.

Pedro temía el discutir la situación, como si la solución inevitable tuviera que ser desastrosa para él. En cualquier sentido que se decidiera, veía crisis de las que saldría dolorido. Y seguía sentado y sombrío, vacilando por primera vez, lejos de sus consejeros habituales y como un marino sin brújula en un mar lleno de escollos. Unos golpes en la puerta le sacaron de su preocupación.

— ¡Adelante! dijo con voz de mal humor.

La puerta se abrió y, destacándose sobre el fondo obscuro del pasillo apareció una sonriente figura de mujer. Alta, esbelta, rubia, con un sombrero de plumas negras y un elegante vestido de viaje, le sonreía con la mano tendida.

— Me han dicho en el número 7 y aquí estamos los dos. Buenas noches, Pedrito; ¿cómo estás?

El joven se levantó vivamente y salió á recibir á la visitante con alegre sorpresa.

— ¡Amandine! ¿Por qué prodigio?...

— Por un prodigio que se llama el rápido de Marsella, ochenta kilómetros por hora, bajada en Arles, coche para Maillane. Punto. Y no hay más.

— Pero tú no has venido por verme á mí.

— Puedes figurártelo, gracioso joven. No. Vengo para negocios... He visto tu nombre en el registro del hotel y como me aburro aquí como una desesperada,

esperaba con impaciencia que volvieses... Pero oye, todavía no me has dado un beso...

Pedro reparó con gusto ese olvido y dijo con una sorpresa que no se disipaba:

— Acabas de decir que venías á negocios...

— Sí; tengo aquí un buen amigo, un hombre de negocios muy serio, al que quiero ver al paso... Porque voy á Marsella. Estoy ajustada en el *Gimnasio*. He dejado el café concierto, amigo mio. Ahora trabajo la comedia y me dedico al género picante...

— No me extraña.

— ¡Oye! tú, grosero.

La joven hizo una pausa y se quitó el sombrero diciendo:

— ¿Me permites? ¿Estás solo aquí? ¿No tienes mujer?

— Ninguna.

— Entonces todo va bien. Son las once. ¿No se toma el te en este chiscón provincial?

— No sé nada. Vamos á averiguarlo.

Pedro llamó y apareció la criada.

— Sírvanos usted te, dijo Pedro.

— ¿Ponche con te? dijo la muchacha no sin sorpresa.

— Ó te con ponche, sí, hija mía. Oye, Pedro, estos indígenas me parece que dan la preferencia al agua caliente sobre el alcohol. Dame un cigarrillo... Parece que estás aquí haciendo política. He hecho hablar al patrón de este chamizo y estoy al corriente de los sucesos electorales... Además si estoy aquí, es por la misma razón que tú.

— ¿Cómo así?

— Mi... señor maneja también la masa electoral, pero él está por Maillane como tú por Barres...

— ¿Cómo se llama?

— Remancón. Es un regordete muy comodón y extremadamente canalla, que sabe vivir... ¡Ah! tenéis que habéros las con gente fuerte...

— ¡Calla, calla! ¿Tú fraternizas con Remancón?

— Hasta la pared de enfrente. Y bien caro le cuesta. ¡Pero cómo! ¿No lo sabías?

— Esas son cosas de las que no me informo jamás.

— ¡Ah zorro! Pues bien, sí, ese tunante de Remancón es mi señor y dueño. Como está en Maillane para la elección de su compañero, me ha pedido que me detuviese veinticuatro horas al pasar y aprovecho la ocasión para tomar el te contigo.

La criada entró con una bandeja y la puso encima de la mesa. Pedro, vuelto de su turbación y muy interesado por lo poco que Amandine de Tresmes había dejado escapar acerca de su protector, se preparó á hacer sufrir á la hermosa un interrogatorio en regla. En el momento en que estaba sufriendo la dura prueba de tener que decidir su conducta futura, consideró como un favor providencial la llegada de aquella franca y despreocupada criatura que iba á informarle sin restricción alguna sobre el valor moral de los amigos, de los socios de su padre. La criada se marchó y Amandine se puso á servir en las tazas el humeante líquido. Con sus blancos dedos, llenos de sortijas, tomó el azucarero.

— ¿Cuántos terrones? preguntó. ¿Dos?

— Dos. ¿Es te lo que han traído?

— Tiene la pretensión de serlo. Pero te juró que no es de la Caravana... ¿De modo, querido, que estás aquí para hacer triunfar á Barres? ¿Cómo te las vas á componer? Tendrás contra ti á todo el mundo: la Administración, el clero, el comercio, el... ¡Todo, vamos! ¿Con quién cuentas tú?

— Con el pueblo.

— ¡Has dicho bien eso! ¡Qué rico eres! Dame un beso... Pero al pueblo, tonto mío, ya sabes cómo se le conduce: con promesas se le sacan los votos y Dios sabe si los otros van á prometerle cosas... Puedes sospecharlo, con Remancón y Barandet. Sin hablar del mismo candidato, el señor de Maillane.

— Háblame de ése.

— Pero, oye, ¿me pides que falte al secreto profesional?

— Bien puedes hacerlo por mí. ¿Conoces á Maillane?

— De vista solamente. Pero Remancón no habla más que de él. Cuando se trata de su amigo, parece que habla de Dios vivo. Creo que es en los negocios de Maillane donde él hace su agosto...

— ¿Son importantes esos negocios?

— Enormes. Ferrocarriles; puertos, ciudades... ¿qué sé yo? Lo construyen todo... al mayor precio posible, naturalmente. Si les encargas un paraíso terrenal, te lo hacen. Solamente, tú sabrás lo que te cuesta.

— ¿Gente poco honrada, eh? preguntó Pedro con voz temblorosa.

— ¡Poco honrada! ¿Por qué? Es gente que trabaja. ¡Qué diablo! Es preciso embrollar fuertemente los negocios para no salir de ellos con las manos en la cabeza. Haces un negocio con alguien, y siempre crees que es preciso engañarle para que él no te engañe á ti. Y entonces vas adelante, lo que no te impide ser un buen muchacho.

— Esa es una moral un poco fácil, dijo Pedro sonriendo.

— Pero, querido, no tendrás la pretensión de reformar el mundo. Ya le conoces y tienes que tomarle

como es. La mayor desgracia de un hombre es ser un inocente. Hoy se perdona todo menos la estupidez. Todos los días se oyen cosas como esta : « ¿Sabe usted? Fulano, que se portó tan noblemente, ó tan correctamente, ó con tanta delicadeza en tal circunstancia, ha dado un bajón horrible y está sin un céntimo. — ¡ Ah! ¡ Pobre hombre! ¡ Vaya, vaya! Sí, era honrado y muy recto, pero... nada listo... » Y se acabó. Esta es la oración fúnebre del hombre honrado y recto. ¡ No era listo!... Ciertamente, no aconsejaré á nadie que se porte como un canalla, pero tampoco hay que dejarse trasquilar como un borrego. Es hermoso ser un apóstol y predicar la virtud. Dar el ejemplo es sublime. Pero cuidado con la oración fúnebre que pronuncian los avisados cuya única preocupación ha sido el llegar á sus fines : « ¡ Noble corazón! ¡ Pero no era listo! » ¡ Oh! ¡ Cuánto hay que temer ese « no era listo »! Esa es toda la ley de la vida, ¿ sabes, rico mío? Más vale que digan de ti que eras feroz que que no eras listo.

— ¿ Y Remancón y sus amigos? ¿ Son listos?

— ¡ Ya lo creo!

— Á éstos no les estorban los escrúpulos...

— En la situación á que han llegado, eso no se juzga. No se discute más que á los pequeños. Á los capigordos se les venera. ¿ Para qué perder el tiempo discutiendo á las personas que tienen millones? Eso no lo hacen más que los muchachos ó los electores. Créeme : Maillane será elegido y Barres, con toda su sociología, — ¿ es así como se dice eso? — se quedará en su casa.

Pedro no hizo caso de la predicción. Ocho días antes, si alguien hubiera supuesto delante de él un fracaso de Barres, el joven le hubiera dado una violenta respuesta. Hoy no replicaba. ¿ Cómo había cambiado en una semana! Quería á toda costa informarse de lo que

ignoraba respecto de su padre, y le daba vergüenza, sin embargo, interrogar á aquella muchacha que había sido suya, pero al lado de la cual se sentía helado desde que conocía á Bella. Preguntar demasiado directamente, era despertar sospechas que podrían ser inoportunas. Y no preguntar era desperdiciar la ocasión, acaso única, de saber lo que tanto le interesaba.

— ¿ Maillane es casado? ¿ Tiene una hija?

— No es suya. Es la descendiente de una especie de gorila vestido de general que mandó en el Paraguay, en el Uruguay... ó en no sé qué país en *ay*... Maillane es el segundo marido.

— Pero ¿ no estuvo casado antes de conocer á esta mujer?

— He oído hablar de eso... Pero oye, me estás haciendo charlar... ¿ No abusarás de mi confianza para decir tonterías en el periódico?

— No, no temas.

— Entonces allá va... Un día Remancón, hablando con Barandet, dijo algo del pasado de Maillane...

— ¿ Qué dijo?

— Pues que le había costado mucho trabajo llegar... Un punto de partida muy vulgar : obrero, y después contra maestre ó algo parecido... ¡ Mucha miseria y muchas decepciones!

— ¡ Ah! ¿ Y muchos esfuerzos y mucho valor?

— Naturalmente. Durante muchos años dió vueltas como un palomino atontado, sin encontrar su camino y siempre desgraciado. Pero con un estómago asombroso, seguro de llegar, confiado en su destino y durmiéndose todas las noches seguro del éxito para el día siguiente...

— ¡ Pobre hombre!

— ¡ Calla! ¿ Ahora le compadece?

— Porque ha sufrido.

— Como otros muchos; ni más ni menos. Si yo te contase las catástrofes de mi familia... Figúrate que mi madre...

— ¡No! Háblame de Maillane... ¿Qué ha sido de su primera mujer?

— Eso es un misterio. Barandet bajaba la voz cuando se hablaba de esa señora y Remancón ponía una cara como un sacristán que habla en la iglesia...

— ¿Por qué?

— ¡Qué sé yo!

— ¿Parecían pensar mal de ella?

— Más parecía eso que otra cosa.

Pedro palideció, sus dientes se apretaron y crispó los puños. Y á pesar de su ardor para interrogar, dejó reinar un silencio tan largo, que la misma Amandine sintió la necesidad de romperle.

— No me sorprendería que Maillane, en su primer matrimonio, haya tenido desgracias...

— ¡Basta! exclamó Pedro con tal dureza que la muchacha se quedó asombrada.

— ¿Qué te pasa? Querías saberlo todo y ahora me mandas callar...

— No, no quiero saber nada.

— Eres un chistoso tipo, chiquillo. No piensas ni hablas como los demás... Por eso, acaso, me gustas...

Amandine se acercó á Pedro, se apoyó tiernamente en su hombro y su linda cabeza se inclinó como buscando un beso que no obtuvo. Entonces hizo una mueca y dijo con mal humor:

— ¿Sabes que no eres amable? No es, sin embargo, tan siniestro el encontrar, sin esperarlo, una mujercita en un rincón de provincia como este... Yo contaba con mejor recibimiento.

Pedro se pasó la mano por la frente y dijo:

— Tienes razón, Amandine. No estoy nada jovial y te pido perdón.

La joven sonrió y dijo con coquetería:

— Todavía es tiempo... ¿Sabes?

Pedro movió la cabeza y respondió tristemente:

— No, no es tiempo ya. Hemos hablado de cosas que han puesto negras mis ideas... No podría ya mostrarte más que una cara regañona...

La actriz frunció los labios.

— ¿Es porque te he confesado que me he detenido aquí por Remancón? ¿Qué me importa que lo sepas ó que lo ignores? Tú no pensabas que una mujer como yo era fiel á un gato teñido como nuestro respetable financiero. Tampoco has podido creer que yo vivía con el sueldo que me dan los empresarios. Entonces ¿por qué haces aspavientos esta noche? Á ti te pasa algo, chiquillo mío, y yo sabré qué es.

— Amandine, dijo Pedro con gravedad; prométeme que no preguntarás nada acerca de mí ni á Remancón ni á nadie.

— ¡Ah! ¿Remancón te conoce, entonces?

— Debe conocerme. Pero dame tu palabra de no pronunciar mi nombre delante de él...

— ¡Lo juro! dijo la joven declamando y levantando la mano con solemnidad.

— Eres una buená amiga,

— Y tú un compañero muy raro... No, ya puedes decir que el Mediodía no te prueba... Por lo menos tu sangre no arde...

— Me avergüenzo de ello por el clima.

— ¡Oh! No es por eso... Lo que hay es otra cosa...

Le miró fijamente á los ojos y dijo:

— Júrame que no estás enamorado.

Pedro hizo un gesto evasivo, pero ella le cogió por el hombro, le obligó á levantar la cabeza y le dijo amenazándole con el dedo :

— ¡ Ah! canalla... Me estás dando la entretenida hace una hora con tu charla y todo por no... Sí, tú estás enamorado. ¡ Pardiez! No es menester ser muy avisado para adivinar que un guapo muchacho de veinticuatro años, á quien cae de las nubes Amandine entre once y doce de la noche, en un cuarto donde hay una cama, iba á pensar en otra cosa que en desnudarla si no tuviese las ideas en otra parte... Prefiero esto, Pedro; es menos humillante. ¿ Es bonita? ¿ Vive en este país? ¡ Qué bestia he sido al creer que te habías metido en este pueblo lleno de polvo, solamente para hacer política! ¿ Tiene los ojos azules ó negros? ¿ Es más guapa que yo? ¡ Vamos, habla! Ya que no me beses, habla al menos... ¡ Adoro las historias de amor!

— Pues bien, sí, es cierto. Amo á una mujer y por eso he salido de París.

— ¡ Cómo! ¿ Está en París y tu aquí? Cuéntaselo á tu abuela. Veo que vuelves á empezar.

— No, no, chiquita mía. Es una mujer casada y por poco me cogen con ella... Entonces, temiendo un escándalo, el doctor Appel y mi madre me han expedido á Maillane, donde estoy obligado á ocuparme en la política.

— Pues no eres muy político conmigo... En fin, hay que contentarse con esta explicación, que en realidad es tan buena como cualquiera otra... Pero la verdad es que tratas de dármele, mi vida. Tu amada está aquí... Si estuviera solamente en Lión, se la hubieras pagado esta noche conmigo... No te guardo rencor, por lo demás.

— Remancón no sabrá nunca lo que me debe...

— ¡ De seguro! Las doce... ¡ Ah! Contigo no se dirá

que es la hora de los crímenes. Buenas noches, José...

Le miró riéndose, hizo una reverencia que dió realce á su bonito cuerpo, y dijo :

— De todos modos, ¿ sabes?, no te hubieras muerto...

Cogió el sombrero y se marchó dibujando en sus labios otra sonrisa. Pedro se puso á pasear con agitación por su cuarto. El aire había quedado saturado del perfume de Amandine y la soledad parecía más animada. El joven pensó : Ante todo era preciso despistar las sospechas que tuviera Amandine de mis relaciones con el castillo de Maillane. No creo que irá á comprometerse inútilmente hablando á Remancón de nuestro encuentro. Así mi secreto no será conocido. Se sentó, sacó del bolsillo el telegrama y le volvió á leer con atención. ¿ Cómo no habían de estar inquietos? Con su fino tacto, el doctor y mi madre han debido sentir la repercusión de todas mis agitaciones. Me llaman, pero ¿ debo obedecerles? ¿Cuál será, cuál debe ser mi actitud para con ellos siendo así que ignoro todo el pasado? Cogido entre mi padre y mi madre, ¿ cómo resolverme? Será necesaria una explicación y esto es lo peor que puede sucederme.

El joven se sumió en una dolorosa reflexión. La situación se presentaba clara á su espíritu y sin aureola sentimental. De un lado su madre casada con Appel y del otro su padre casado con la americana, que se aprestaban á luchar y habían elegido su corazón por campo de batalla : ¿ Á quién daría la razón? Ambos tenían sus derechos á ser los elegidos. Su madre le había cuidado, educado y mimado desde que nació. Appel había sido el más noble y el más admirable educador. Su padre le había reconquistado por el calor de su temperamento y la gracia de su carácter y